

EDITORIAL

¿ENTERRAR A LA REVOLUCIÓN MEXICANA?

La revolución mexicana cumple en este año ciento tres de haberse iniciado. Lo hace rodeada de sepulcros, que pretenden inhumarla de una vez y para siempre. O que niegan su existencia, identificándola con la pura violencia armada originada en la descarnada y cínica lucha por el poder. Nada nuevo en tales tesis. Se esgrimieron ya contra la revolución francesa por los teóricos conservadores. Remozadas, se formulan de nuevo. Constituyen un alegato contra cualquier movimiento comprometido con diversas emancipaciones de oprimidos, desposeídos, discriminados, marginados.

En el debate se despiertan varios cuestionamientos. Pues, ¿a qué o a quiénes desean echar la tierra encima los intelectuales negadores de la Revolución? ¿A los ideales de emancipación económica y política que animaron las insurrecciones? ¿A los caudillos y líderes de éstas? ¿Al vasto y fecundo movimiento cultural que provocó la Revolución? Y, ¿para sustituir el legado de la Revolución con qué? ¿Con ese informe "...territorio nuevo, cuyos parámetros todavía no conocemos, y que tenemos que explorar", como declara uno de ellos? Quizá podamos por la víspera sacar el santo y adivinarlo: el reinado absoluto del capital, la hegemonía del clero, el atavismo religioso, la disolución de los organismos de clase de los trabajadores, la domesticación ideológica ejercida a través de los medios, la reducción de cada individuo a su vida privada, la irresponsabilidad del Estado en tareas fundamentales como la protección de los gobernados, la privatización de servicios de salud y educativos. Todo esto ha venido sucediendo al parejo de las proclamas enterradoras de la Revolución. Vinos viejos en odres nuevos, ofrecidos como las grandes novedades modernizadoras.

De hecho, la Revolución de 1910, a pesar de los afanes sepulcrosos, permanece como un horizonte histórico debido a la raigambre de sus motivaciones y también por lo inalcanzable de muchas de sus aspiraciones, pues como asegura Eduardo Galeano, las utopías sirven para caminar. La tierra para el que la trabaja, la eliminación de los privilegios de la clase política y de los grandes dueños, la distribución equitativa de la riqueza, la educación popular, laica y gratuita, el sufragio efectivo, la fortaleza de las libertades públicas, la defensa de los recursos naturales, la política exterior independiente y abierta, el aliento a la unidad con las naciones latinoamericanas, la promoción masiva de la cultura y de la educación superior: todas estas divisas fueron recogidas a lo largo del movimiento armado y en las décadas que le sucedieron.

De esta suerte, la Revolución de 1910 sigue siendo una fuerza motriz para los cambios sociales en México, no obstante el despilfarro y la desfiguración de su legado realizados por los sucesivos gobiernos. No otra cosa significa que cada vez que en la República emerge un movimiento popular, sus protagonistas se vuelven a los orígenes y buscan en las reivindicaciones, documentos, símbolos y personajes del movimiento armado el piso firme desde el cual presentar la batalla por sus intereses.

Viva en la conciencia de la mayoría del pueblo mexicano, la Revolución de 1910 no parece sufrir demasiado con los afanes de sus cavadores.